Famille Notre-Dame de Lourdes

LOURDES SANCTUAIRE

Carta N°97
Julio de 2025

Cada ser humano es una historia sagrada, cada vida es una historia sagrada…

Todavía pienso en Bernadette… y en Nevers!

La vida de Bernadette, desde Lourdes hasta Nevers, refleja con claridad las dos etapas fundamentales de la relación entre el ser humano y Dios.

Todos los protagonistas de la Sagrada Escritura han recorrido este camino: Dios irrumpe inesperadamente en sus vidas. Pensemos en Abraham, Moisés, Samuel en el Antiguo Testamento, o en Pablo, los Apóstoles y tantos otros en el Nuevo. Todos ellos fueron sorprendidos por el paso de Dios.

La mañana del 11 de febrero, cuando Bernadette sale del “cachot”, va simplemente a cumplir una tarea doméstica asignada a los niños. Igual que los personajes bíblicos: pescadores, pastores, guerreros, padres, madres, hijos... ocupados en lo cotidiano antes de encontrarse con el Señor.

También la Virgen María estaba desposada y se preparaba para vivir la vida ordinaria de una mujer judía de su tiempo: nacer, crecer, casarse, tener hijos, morir.

Es precisamente en esa “normalidad humana” donde Dios irrumpe con una gracia inesperada, sorprendente, porque es un don, una gracia, un privilegio.

Un corazón dispuesto…

Dios, como sembrador perfecto, prepara la tierra donde quiere sembrar. La Virgen María y los personajes bíblicos fueron preparados de distintas maneras por el Señor,

« que es inefable, cuyos caminos son misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotente, y cuya sabiduría se extiende con fuerza de un extremo al otro, y gobierna con dulzura todas las cosas » (Pío IX, Ineffabilis Deus).

También toda persona es preparada para acoger las gracias, dones y misiones que Dios quiere confiarle.

Bernadette fue una tierra bien dispuesta. Nació en el siglo de la Inmaculada Concepción. Su situación familiar la abrió al misterio: la pobreza templó su corazón, la oración familiar reforzó su fe, el testimonio creyente de sus padres la sostuvo, la catequesis y la formación religiosa le enseñaron a vivir la fe.

Pero su disposición no fue solo exterior. Bernadette tenía una profunda apertura interior. Recordamos su deseo intenso de salir de Bartrès para regresar a Lourdes, no solo para reencontrarse con los suyos, sino sobre todo para poder recibir la Eucaristía y vivir en comunión con Jesús.

Como en la Biblia, también en la vida de Bernadette, toda historia sagrada comienza con una disposición interior. El primer don que recibimos es la vida. El aliento que nos sostiene es la primera gracia del Señor. Después vienen los dones de la sociedad y, sobre todo, lo que llevamos dentro: lo que nos permite abrirnos al misterio de Dios.

Pero no basta con recibir una gracia, un don, un privilegio, una vocación... Es necesario ponerse en camino, responder...

Abraham, Moisés, Samuel, Mateo, Pablo... no se limitaron a haber sido llamados. San Pablo, después de su caída, se puso a la escucha de los Apóstoles y luego emprendió incansables viajes misioneros.

La Virgen María, después de la Anunciación, no se quedó en casa: partió “de prisa” a visitar a su prima Isabel. Toda su vida fue un constante:

« He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. »

Recibir es comprometerse. Ser llamado es ponerse en marcha. Todos los que han recibido una gracia, en la Escritura o fuera de ella, ofrecieron lo mejor de sí mismos para que se cumpliera la voluntad de Dios y lo que comenzó como un llamado personal se convirtiera en bendición comunitaria.

Bernadette no es santa porque vio a la Bella Señora. Es santa porque respondió con amor a una gracia, a un don recibido. Después de las dieciocho apariciones, oró, meditó, buscó consejo… y finalmente eligió consagrarse a Aquel que tanto amaba.

El don recibido cobra plenitud en el amor y en la decisión libre y definitiva de entregarse para siempre a Aquel que primero la amó y la eligió para ese encuentro con la Bella Señora.

Las dos dimensiones de mi bautismo: « Dios, que nos creó sin nosotros, no quiso salvarnos sin nosotros.»

A ejemplo de la Inmaculada y de Santa Bernardita, cada cristiano, cada hijo e hija de María, cada miembro de la Familia Nuestra Señora de Lourdes, está llamado a vivir estas dos dimensiones inseparables: el llamado de Dios y nuestra respuesta activa.

Dios nos llama con amor, nos llena de gracias, nos confía misiones… Pero no podemos dormirnos sobre los laureles del don recibido. San Agustín nos lo recuerda con fuerza: « Dios, que nos creó sin nosotros, no quiso salvarnos sin nosotros. »

Incluso un simple peregrinaje lo manifiesta. Venir a Lourdes es ya una respuesta: a un llamado, a una invitación: « Que se venga aquí en procesión, en peregrinación. » Pero este llamado, esta gracia, debe continuar. Ese “después” comienza con la conversión y la penitencia, y florece en la verdadera caridad. Una caridad que impide a los hijos e hijas de María pasar de largo, como el sacerdote y el levita en la parábola del Buen Samaritano.

En resumen, la Inmaculada y Bernadette nos enseñan que podemos recibir dones, gracias, incluso llamados místicos… Pero lo decisivo es nuestra respuesta concreta, libre, comprometida a la mano tendida de Dios.

Contemplemos a María, que dijo: « He aquí la esclava del Señor. » Contemplemos a Bernadette, que eligió consagrarse enteramente a Dios.

Y también nosotros, hoy, tomemos la decisión fundamental de responder al llamado, a las gracias, a los privilegios y dones que Dios nos concede, con una vida cristiana auténtica, que sea respuesta fiel a su amor infinito.

Padre Emmanuel Mvomo
Capellán del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes
Capellán de la Familia de Nuestra Señora de Lourdes